

MAY R.
AYAMONTE

Las aguas
sagradas

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© May R. Ayamonte, 2023

Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S.L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-63-2

Depósito legal: M. 4.027-2023

Printed in Spain

Parte 1

Década de 1950

El crepitar del fuego en la estufa de leña amenizaba las comidas de los trabajadores que, a menudo, se acercaban al bar de su familia. El niño observaba su alrededor, como cada día, mientras esperaba a que sus padres se sentaran en la mesa y lo acompañaran. Manolo bebía entre risas junto a sus compañeros. Llevaban meses terminando el adoquinado de una de las calles transversales y descansaban siempre a la misma hora. En aquel mes, en el que el calor había remitido y las noches ya eran heladoras, los albañiles solían comer entrada la hora de la sobremesa antes de que el frío paralizara sus labores. También estaba Rita, la viuda que había decidido dejar de cocinar desde que falleciese su marido y llenarse el estómago con cocidos que se alargaban hasta la noche. Ese pequeño negocio familiar era famoso por llenar de vida la plaza tan simbólica de la ciudad en la que se encontraba.

El niño sonrió cuando sus padres se sentaron a su lado y le tendieron las lentejas que comerían ese día. Alcanzó el pan y devoró el plato caliente. Sus padres aún eran jóvenes y soñaban con tener otro hijo que, en un futuro, pudiera acompañara al niño cuando heredara el bar familiar. El niño se reía cada vez que su madre le decía algo a su padre y no podía evitar sentir el corazón henchido de felicidad al saberse afortunado por tener una familia como la suya. Durante la comida, su madre le habló del viaje que realizarían al pueblo cuando cerraran quince días durante octubre, como ocurría cada año. No importaba el colegio, pues era

el momento en el que podían estar los tres juntos sin que el bar fuera el lugar de encuentro.

Al terminar de comer y tras despedirse con un beso, el niño salió corriendo con su pelota a la puerta del bar. Escuchaba a los comensales pedir café a sus padres y la risa dulce de su madre que acompañaba sus respuestas. En la puerta ya estaba Juanito, que lo esperaba de brazos cruzados. A menudo se le hacía tarde comiendo y su amigo tenía que hacer tiempo hasta que terminara. Subieron un poco la calle, lo justo para llegar a la zona que tanto les gustaba.

Mientras jugaban con el balón, que ellos mismos habían fabricado con trozos de papeles envueltos en tiras de trapo de los vestidos que sus madres ya no querían, el niño se giraba cada cierto tiempo para comprobar que sus padres no necesitaran ayuda. Aunque no entendía muy bien por qué, en el bar solía escuchar cómo las consecuencias devastadoras de la guerra cada vez eran más visibles. Así que, por miedo a ellas, necesitaba comprobar cada tanto que todo estaba en orden en el pequeño negocio de sus padres.

En uno de sus despistes, Juanito lanzó demasiado fuerte el balón que fue a parar al otro lado de la majestuosa fuente que tenían al lado. El niño salió corriendo detrás de la pelota, dejando atrás el sonido repiqueteante del agua y las voces atronadoras del bar. El balón chocó contra uno de los plataneros y se alejó carretera abajo. El niño corría para no perderlo, pero parecía que no llegaría a tiempo antes de que un coche se hiciera con él.

De pronto, y como si de un trueno se tratara, un sonido ensordecedor rompió la calma de la tarde y reverberó en los edificios que bordeaban la zona. El niño se tiró al suelo, inconsciente de lo que ocurría, y se cubrió la cabeza con los brazos en una res-

puesta instintiva. Escuchó el sonido de la fuente más fuerte que nunca y le pareció que empezara a llover, aunque no se mojaba. El suelo vibraba y, a pesar de estar sobre él paralizado, sentía que su cuerpo se movía solo, al compás del sonido de una lluvia que no le mojaba.

Los gritos no tardaron en acompañar la gama de melodías nuevas que lo rodeaban. Fue entonces cuando fue capaz de dejar los brazos caer, abrir los ojos e incorporarse. Y empezó a correr de vuelta llamando a Juanito. Los pies se le encharcaron en el agua y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Juanito estaba tirado en el suelo pidiendo auxilio. Al llegar hasta él, alzó la mirada y sintió que se le paralizaba el corazón. Empezó a temblar y a gritar. Mientras corría notaba cómo los pies le ardían y le pesaban más de lo normal. Hasta que estuvo delante de un mar de escombros en el que ya no se escuchaba a Rita ni tampoco a Manolo. Un silencio perturbador se había adueñado del lugar y el niño cayó al suelo, gritando y perdiendo el control.

Capítulo 1

2021

La luz de la lámpara de pie inundaba la pequeña estancia en la que Fátima Suárez estaba trabajando en su tesis doctoral. El techo bajo y de madera con vigas descubiertas crujía bajo las pisadas de Leónidas, que se movía en el dormitorio de arriba. Cada cierto tiempo, una pequeña capa de polvo y quera se desprendía de entre las vigas. Las carcomas parecían habitar aquella casa y era casi imposible deshacerse de ellas; algo bastante habitual en las viviendas del Albaicín. Llevaban meses tratando de remitir la plaga, pero cada vez que Fátima se sentaba a trabajar se daba cuenta de que iba a ser una misión imposible. Si esa casa no perteneciera a su pareja, probablemente ya se habrían mudado hacía un tiempo.

Fátima se levantó del escritorio en el que estaba trabajando, bajó la pantalla de su ordenador portátil y se dirigió a las escaleras de madera flotante que la llevarían hasta la planta baja. La vivienda estaba construida en una pendiente típica del barrio, lo que provocaba que fuera incómoda e inconexa. Tenía cuatro plantas de pocos metros cuadrados, conectadas por esa estrecha escalera por la que bajaba lentamente. A pesar de que llevaba viviendo

dos años en aquel lugar, aún no se había acostumbrado a la sensación de vértigo que la abrumaba cada vez que bajaba o subía. El pasamanos también era de madera y estaba adornado con espirales, parecía obra de un buen ebanista. A Leónidas le gustaban los pequeños detalles como ese y, por eso mismo, la casa estaba adornada con objetos que traía de sus viajes.

La cocina también era pequeña y sentía que la tierra la abrazaba ahí abajo. Contaba con una única salida al exterior, que daba a un patio que se habría nivelado cuando se construyó. Sacó la ropa de la lavadora, también de reducidas dimensiones y adaptada a la vivienda, y salió a los pocos metros cuadrados exteriores que contaban con privacidad. Si bien la terraza de arriba era grande y tenía unas vistas espectaculares a la ciudad y la Alhambra, también era foco de la mirada de todos los vecinos que los rodeaban. Al menos ahí abajo nadie veía su ropa interior cuando estaba tendida. Aun así, el patio era húmedo por su localización y a menudo acababan subiendo el tendedero cuatro plantas arriba. Solo de pensar en las escaleras, sentía un sudor frío en la espalda.

—Cariño, te estoy esperando —la voz de Leónidas, suave y seductora, se dejó caer por la ventana del dormitorio hacia el patio.

Fátima no pudo evitar ruborizarse ante el deseo desenfrenado que sentía al pensar en subir a la cama con él. Aun así, se contuvo y respondió:

—Cinco minutos y estoy, lo prometo.

Los vecinos también debían ser testigos de aquellas conversaciones íntimas de pareja que mantenían a menu-

do. Hacía tres años y medio que se habían conocido en la facultad de Filosofía y Letras y, desde entonces, no se habían separado más de lo necesario por el trabajo de Leónidas. Él era un catedrático sumamente reconocido en su campo y Fátima se había enamorado de él en cuanto lo había escuchado hablar de la tradición andalusí de Granada en un seminario al que acudió antes de comenzar su doctorado. Le gustaba creer que la vida los había unido con el propósito de investigar juntos hasta que ya no quedara nada más por descubrir. No había sido fácil, ni tampoco lo era en esos momentos, defenderse a sí misma mientras el resto solo veía a una alumna saliendo con su director de tesis. Pero merecía la pena por cada segundo que vivían juntos, al margen del mundo académico y de los que juzgaban la relación que mantenían.

Tendió la última camisa celeste de Leónidas y después volvió a la cocina, donde dejó la cesta de la ropa y cerró la puerta del patio con llave. A menudo se cometían robos en viviendas del Albaicín y, desde que Fátima se mudara a esa casa, no había un solo día en el que no se fueran a dormir con la llave echada. Las leyendas recorrían el Albaicín y parecía que nadie creyese que aquel mágico barrio pudiera ser testigo de verdaderas atrocidades, hasta que cuatro años atrás unos asesinatos en serie pusieron en jaque aquellas callejuelas tan famosas. Fátima recordaba el momento exacto en el que le contaron que había aparecido la primera víctima en una cruz porque también eran sus primeros días como doctoranda en la Universidad de Granada.

Conforme subía las escaleras hacia la primera planta donde estaba el salón y su escritorio de trabajo, recibió

un mensaje que hizo que su teléfono vibrara y se iluminara en el bolsillo del pijama de satén que llevaba. Lo sacó sorprendida por las horas y leyó en voz alta:

Mañana tienes que sustituir a Carlota en Historia Medieval 1. Te ha mandado un correo con lo que necesitas. Buenas noches.

Al terminar, profirió un quejido lastimero que fue respondido por Leónidas, que le indicaba que se iba a dormir. Fátima quiso lanzar el teléfono escaleras abajo, pero se contuvo apretando los puños. Eso era ser una doctoranda a un año de presentar la tesis: comerse las sustituciones de última hora y tener que estar hasta la madrugada preparándose una clase para el día siguiente. Además de ser medieval, una rama que no le interesaba en absoluto dentro de su campo de estudio. Pero se debía a la beca FPU que tenía y que tanto sudor y lágrimas le había costado conseguir. Así que aceptó la situación en la que se encontraba y se dirigió de nuevo hacia el escritorio.

Mientras encendía la luz de la lámpara de pie de latón y se sentaba frente al ordenador, pensó en lo difícil que iba a ser terminar esa tesis a tiempo cuando llevaba meses en los que solo cubría bajas de sus compañeros. Prácticamente todos los alumnos del grado de Historia ya la conocían, se había paseado por delante de cada curso e incluso de cada departamento. A veces se preguntaba en qué momento de su vida le había parecido una decisión acertada estudiar Historia y esforzarse por un doctorado. Sí, sus estudios eran su pasión, pero ¿ejercer como docente? Eso no estaba incluido en su lista de deseos. Aun así,

había peleado varias becas que le habían permitido estar donde se encontraba y no podía perder las oportunidades que le habían dado alas para volar.

Fátima Suárez siempre había sido una alumna brillante deseosa de salir de la casa de sus padres y marcharse a la ciudad. Estudió con la beca típica del Ministerio de Educación, que le ofreció la posibilidad de alquilar un cuartucho en un piso compartido, en el que las plagas de cucarachas estaban a la orden del día. Durante su último año de grado, pidió una beca Fullbright para estudiar un máster en el extranjero, que le permitió estudiar, un año en Nueva York y otro en Londres, el máster de Historia Internacional y Mundial de la Universidad de Columbia. Y no dudaba de que había sido gracias a eso por lo que entró en el programa de doctorado de Historia de la Universidad de Granada con una beca FPU, que tanto costaba conseguir y a la que se postulaban miles de estudiantes cada año.

Se recogió el pelo rubio ceniza en una coleta antes de ponerse a trabajar en la clase que tenía al día siguiente. Su tesis tendría que esperar otro día más, que iba sumando al medio año que llevaba prácticamente sin avances. El tema de su tesis, la influencia andalusí en el desarrollo cristiano de Granada, era lo que la había conectado con Leónidas, que era un experto en la herencia andalusí de la ciudad. Como buenos apasionados de su campo, compartían horas y horas desarrollando y comprobando teorías sobre la ciudad. A Fátima le gustaba el Albaicín, aunque no lo habría elegido como barrio para vivir por sus cuevas infernales; pero Leónidas amaba ese lugar y por

eso había comprado esa casa mucho antes de conocerla. Al final, Fátima había aceptado que no le quedaba otra más que vivir ahí si quería compartir hogar con él. Aun así, merecía la pena cada mañana que se despertaba al lado del hombre que le había robado el corazón.

Tras dos horas trabajando en la clase del día siguiente, hizo una pausa y navegó por internet sin rumbo. Estaba aburrida de preparar diapositivas. Por suerte, la profesora a la que iba a sustituir le había indicado la etapa en la que estaban trabajando en clase e incluso le había pasado parte del temario del día siguiente resumido. Eso era algo que detestaba de la universidad y el ambiente académico: la competencia. Todo habría sido mucho más fácil si Carlota le hubiera enviado las diapositivas que ya tenía preparadas; pero como Fátima era una doctoranda que además era pareja del erudito del departamento, le complicaban la vida para que tardara más tiempo. No era algo personal, y ella lo sabía. Sencillamente había elegido un trabajo en el que la competitividad estaba a la orden del día.

Mientras leía uno de los periódicos de la ciudad, el *Granada Actual*, prestó atención a una noticia que parecía pasar desapercibida entre tantos titulares. Hablaba de una pancarta que había aparecido trece días antes en el Paseo de los Tristes, una emblemática plaza de la ciudad que se abría a los pies de la Alhambra. El titular rezaba que podía ser el principio de un nuevo movimiento *hippie* que revolucionara la ciudad. Iba acompañado de una fotografía de la pancarta. Fátima no le prestó más atención y siguió leyendo titulares. Suspiró pensando en lo mucho

que había caído en calidad ese periódico desde que la famosa Jimena Cruz lo abandonara. Jimena era la periodista granadina que había saltado a la fama tras resolver, en parte, la trama de los asesinatos en serie que se sucedieron en el Albaicín.

Para cuando quiso darse cuenta, había pasado demasiado tiempo leyendo la prensa y aún no había terminado de preparar la clase que tenía al día siguiente. Fátima volvió a centrarse en terminar de una vez por todas lo que estaba haciendo a la par que anhelaba irse a la cama. Probablemente tuviera que dar esa asignatura durante una semana, así que le quedaban varias noches de aguantar despierta hasta bien entrada la madrugada. Durante la mañana solía dar clases y, a veces, por las tardes también, y tenía que combinar todo eso con terminar su propia tesis. Además, el hecho de que su director de tesis y ella fueran pareja no ayudaba, cuando se sentaban a trabajar acababan distraídos y abandonando el tema.

—Fátima, estoy a punto de pedir que te retiren esa beca que tienes por no venir a la cama —la voz de Leónidas se coló por las escaleras.

—Han pasado dos horas y media, ¿de verdad no te has dormido? —respondió ella con la voz dulce que tanto la caracterizaba.

—Sí, pero me he despertado con unas ganas tremendas de verte desnuda —la voz grave y seductora de Leónidas cada vez estaba más cerca de ella.

Fátima se desabrochó los botones del pijama de satén de manga larga que llevaba. Tenía que terminar de preparar esa clase, pero un fuego demasiado fuerte se estaba

despertando en su interior. Se mordió el labio inferior mientras se acercaba a las escaleras, hasta que lo vio. Leonidas estaba completamente desnudo y mirándola con esos ojos azules que le recordaban al color del mar embravecido.

—Entonces, no me queda otra que satisfacer esos deseos —fue lo último que dijo Fátima antes de sentir cómo él se abalanzaba sobre ella entre risas.

Capítulo 2

—*Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios* fue un *best seller* que puso España en tensión, ¿cómo fue resolver un crimen y no atrapar a la asesina? —La pregunta del alumno que se escondía en tercera fila revolucionó el aula y despertó un barullo entre el resto de sus compañeros.

Jimena Cruz, que estaba sentada sobre el filo de la mesa de madera laminada de color verde, se incorporó y se pasó las manos por la falda de pana que llevaba esa mañana. Echó un vistazo rápido a sus alumnos y se dio cuenta de que todos estaban apuntados a su seminario porque deseaban conocer los entresijos de aquel pasado oscuro que había puesto su vida patas arriba. Tomó una bocanada de aire antes de responder con el rotulador en la mano:

—Imagino que haces esa pregunta porque hoy se cumple el cuarto aniversario del asesinato de la primera víctima. Me encantaría tener una respuesta coherente, pero lo cierto es que no sé qué decir. Durante años he deseado llegar hasta la asesina de nuevo. Aquel día se escapó y nadie ha conseguido localizarla.

Su respuesta provocó un silencio incómodo en la clase. Jimena se lo tomó como el vehículo de salida que nece-

sitaba para esa situación. Miró su reloj y se dio cuenta de que las dos horas que tenían de clase se habían esfumado. Les indicó que tenían que escribir un artículo para la semana siguiente en relación con la Asesina de la Cruz para seguir alimentando el interés del alumnado y después salió del aula a paso rápido.

Hacía cuatro años que el cuerpo de la que había sido su segunda madre apareciera bajo el Cristo de las Lañas en el Albaicín. Desde ese momento, Jimena había pasado de ser una periodista frustrada con su carrera a participar en un juego contrarreloj por conseguir respuestas. Tres asesinatos más se habían sucedido; dos a cargo de la asesina y otro que había desatado una trama de corrupción policial que terminó por destruir su salud mental. Jimena se había visto envuelta en una trama de bebés robados que contaba con el beneplácito del Estado y la Policía. Altos cargos policiales habían caído. Además, había perdido a una persona sumamente importante para ella. Jamás olvidaría lo que ese caso le había arrebatado.

Pero aquella pesadilla había terminado hacía casi cuatro años. Jimena era otra mujer desde entonces, mucho más madura y coherente. Descubrir su propio pasado la había llevado a ir a terapia y hacía poco tiempo que había recibido el alta. A raíz de escribir el libro *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*, se había podido dedicar por completo al periodismo de investigación. En esos momentos escribía para algunos de los medios más importantes nacionales y lo combinaba con sus seminarios para la Universidad de Granada. Daba clases en el máster de Perio-

dismo y recibía alumnos de toda España que venían a escuchar sus técnicas de investigación. Se sentía llena con su trabajo y solo deseaba dejar atrás aquellos asesinatos que le cambiaron la vida para siempre.

La pregunta sobre su libro había desatado en ella una tormenta de emociones que llevaba mucho tiempo teniendo bajo control. Por eso se precipitó al primer baño que encontró al salir al pasillo. Allí se cruzó con alumnas, que rápidamente se marcharon a su siguiente clase. Jimena se apoyó sobre el lavabo y se miró en el espejo. ¿Era la misma Jimena que se había enfrentado a aquellos terribles sucesos? Físicamente no había cambiado mucho, aunque sí se le notaba a simple vista que había ganado en salud mental. El cabello castaño oscuro le llegaba por los hombros y seguía teniendo una complexión media que ahora tiraba a musculosa porque llevaba dos años y medio haciendo boxeo. Este deporte le había servido como canal para desahogar esas emociones que llevaba dentro contenidas e incluso, en cierto modo, sentía que le había salvado la vida.

Se pasó las manos por el rostro, anguloso y de pómulos marcados. A menudo se miraba al espejo y se preguntaba de dónde le venían los ojos rasgados y oscuros, las cejas marcadas y los labios carnosos. Los asesinatos que resolvió no solo lanzaron su carrera periodística; también la dejaron con una crisis de identidad que, probablemente, nunca llegaría a resolver. Jimena había descubierto que era un bebé robado y que una congregación religiosa estaba fuertemente implicada en el tráfico de bebés. Jimena se miraba y solo veía un artículo de lujo, un pro-

ducto que había supuesto varios millones de pesetas para sus padres. No sabía de dónde venía, ni quién era su madre, acaso si estaba viva o muerta. Y eso era algo que la del espejo tampoco sabía responderle.

Se fijó en sus caderas, que siempre habían sido prominentes a diferencia de las de su hermana Carmina. Tantos años intentando encontrar un parecido físico en su familia sin saber que era imposible. Existía la posibilidad de que su madre hubiera sido asesinada tras dar a luz, aunque también se podría haber hecho monja de clausura como otras víctimas. La madre de Jimena tenía muchas posibilidades de estar viva, pero ni siquiera la Asesina de la Cruz había podido decirle quién era. Jimena había dejado marchar a la asesina tras empatizar con su historia y bajo el dolor de quien descubre que no sabe de dónde viene. Cuatro años después había hecho las paces con esa decisión, a pesar de saber que la asesina era una mujer peligrosa que se tomaba la justicia por su mano. Una justicia que, a pesar de que le costaba reconocerlo, a Jimena no le desagradaba.

Cuando escuchó descargar la cisterna de uno de los excusados, se lavó la cara con agua fría. Era el momento de salir de la universidad y volver a casa. A menudo entraba en bucles de los que le costaba salir cuando se miraba al espejo. Era algo que había tratado con su terapeuta, pero que difícilmente algún día llegaría a superar. Quizá si encontrara a su madre, aunque sabía que era prácticamente imposible.

Cruzó la facultad de Filosofía y Letras, donde impartía clases algunas tardes en ese máster de Periodismo, bajó

las escaleras que daban a la cafetería y cruzó el patio que dividía en dos zonas la planta baja. Allí tomó otras escaleras, esta vez de hierro, en las que resonaban sus botines de tacón. Hacía mucho frío ya a aquellas horas y se apretó el abrigo que llevaba contra el cuerpo. Las faldas no ayudaban a combatir las temperaturas de enero de Granada, pero Jimena sobrevivía con unos leotardos gruesos y con la energía que tenía, que la ayudaba a entrar en calor.

Su moto la esperaba aparcada a escasos metros. Se colocó el casco oscuro, con el que se había hecho hacía unos meses tras perder el anterior, y se subió a su Honda PS. Podía conducirla con su carné de coche, y tras dos años en terapia decidió que necesitaba más autonomía en la ciudad. Algo tan sencillo como conducir esa motocicleta la empoderaba y la hacía sentirse más libre en Granada. Conforme bajaba la cuesta de la universidad pensaba en la adrenalina que la recorría cada vez que conducía su Honda. Disfrutaba del aire frío que le cortaba el rostro y de la facilidad con la que podía moverse en una ciudad que se llenaba de coches en hora punta.

Así, llegó rápidamente a la plaza de Trinidad, un lugar que siempre le había transmitido paz y donde vivía con su hermana mayor. Aparcó rápidamente y se apeó de la moto con energía. Era casi la hora de la cena y la ciudad ya estaba sumida en una oscuridad gélida característica del invierno granadino. Jimena había cerrado su apartamento, en el conocido barrio del Realejo, tras acabar la investigación de *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*. Su terapeuta le había recomendado vivir con su hermana

durante un tiempo y ese tiempo se había alargado a los casi cuatro años que llevaban juntas. Aquella situación se había dado por dos motivos. Uno, porque Carmina también había roto con sus padres a raíz de descubrir la historia de Jimena; y dos, porque Carmina había tenido un niño fruto de su relación con Mario, al que también habían perdido a raíz del caso de la Asesina de la Cruz. Jimena se había despertado a altas horas de la madrugada cuando el bebé no dormía y había cambiado pañales en los lugares más insospechados de la ciudad.

Jimena Cruz amaba a ese niño con toda su alma y mientras se metía en el ascensor del edificio de Carmina solo deseaba abrir la puerta y comérselo a besos. Había cambiado mucho desde que empezara su proceso de terapia, ya no tenía miedo al amor ni al cariño, ni se evadía a través de relaciones sexuales vacías donde no existían emociones. Llevaba cuatro años soltera, al igual que Carmina, pero estaba abierta a encontrar el amor de nuevo. Esos cuatro años habían servido para que se enamorara de sí misma otra vez y para que aprendiera a respetarse.

Los botines de tacón de Jimena resonaban en el suelo de mármol blanco de la planta donde se encontraba el piso de su hermana. Antes de encontrar las llaves en su bolso, la puerta se abrió ante ella. Al bajar la mirada se encontró con Hugo, que ya tenía casi tres años y medio. El niño se abalanzó sobre Jimena gritando:

—¡¡Tita!! ¡¡Tita!!

La periodista lo cogió en brazos entre sonrisas y cerró la puerta detrás de ella. Nada más adentrarse en la vivienda reconoció el olor de la sopa de ajo de Carmina y notó cómo

le rugían las tripas. Cruzó el pasillo que dividía en dos zonas el piso, a la izquierda estaban las habitaciones y a la derecha el aseo, el salón y la cocina. Llegó hasta esta última y encontró a su hermana con un delantal de flores. Carmina llevaba su característico pelo rubio recogido en un moño y al girarse la estudió con sus ojos celestes. Su hermana sí que había envejecido en cuatro años. Se notaba que la pérdida del padre de Hugo y conocer todo lo que el caso destapó le había pasado factura. Aun así, mantenía esa energía dulce y hogareña que la hacía brillar con una luz especial.

—Jime, la cena casi está. Hugo, ¿ayudas a tu tía a poner la mesa? —le preguntó Carmina con una sonrisa.

No tardaron en sentarse a cenar en el salón. Jimena engulló la sopa que había preparado su hermana mientras hablaban del día que habían tenido. La periodista no podía evitar estudiar a su sobrino. Se parecía demasiado a su padre. Había sacado la complexión delgada de Carmina, pero el pelo y los ojos oscuros, junto a los rasgos marcados, le hacían ser la viva imagen de su padre. Nunca habían hablado con el niño de quién era Mario ni cuál era su historia. Carmina había decidido que lo haría cuando fuera adulto. Hasta entonces, sencillamente le contarían que había fallecido en un accidente. Lo que no era del todo mentira. Tras su muerte, todo el caso había explotado y parte de la policía había pagado por su responsabilidad en la colaboración con el entramado. Aun así, no todos lo habían hecho. Jimena nunca descansaría hasta que así fuera. Hasta que todos los culpables cumplieran condena y hasta que las víctimas consiguieran la paz con la que, probablemente, no murieron.

—Estaba todo buenísimo, gracias, Carmina. ¿Qué tal en el instituto? —le preguntó Jimena cuando recogían la mesa.

—Otro día más siendo directora religiosa del Virgen del Carmen. Como siempre, padres insatisfechos, alumnos complejos..., pero bien. Estoy cansada y voy a irme a dormir. Acuesto yo a Hugo, ¿vale? Mañana hablamos con más calma —le dijo su hermana.

Jimena también estaba agotada. Llevaba semanas en un bucle de insomnio que no le permitía descansar como necesitaba. Así que tras limpiar la cocina y leer un rato en el sofá, decidió que era momento de irse a la cama e intentar conciliar el sueño.

La casa de Carmina contaba con tres habitaciones y habían decidido que se quedara con la más pequeña de todas. Tenía espacio suficiente para guardar algunas de sus pertenencias y el salón de la vivienda se había convertido en su oficina. Allí habían colocado un escritorio y su ordenador de mesa. Así que no necesitaba mucho más. Pero últimamente sentía que se la comían las paredes y algo dentro de ella le pedía a gritos volver a su casa, ganar la independencia que le faltaba y dejar que Carmina hiciera su camino como madre soltera. Ambas se habían apoyado mucho mutuamente cuatro años atrás, pero iba llegando el momento de soltar amarras.

En la cama tardó mucho rato en quedarse dormida. Probablemente más de dos horas. Jimena seguía con la cabeza encendida, sin dejar de pensar en los artículos que tenía que escribir y en el momento adecuado para mudarse de vuelta a su casa. Haber criado a Hugo había sido

todo un privilegio que la había ayudado a reconectar con una parte de sí misma que creía perdida, una parte maternal que desconocía que tuviera. Entre esos pensamientos consiguió conciliar el sueño.

Hasta que en mitad de la madrugada empezó a sonar su teléfono. Abrió los ojos asustada, recordando esas llamadas que recibía cuatro años atrás. Notó que se le aceleraba el corazón y tanteó en busca del teléfono en la oscuridad. Estaba bocabajo, así que le costó llegar hasta él. Se acercó la pantalla a los ojos y vio un número que no tenía guardado. Era un teléfono fijo. Todavía adormilada lo descolgó y preguntó quién era. Una voz masculina respondió:

—*Buenas noches, Jimena. Mi nombre es Curro López, la llamo desde la Policía Nacional de Granada. Ha aparecido un cuerpo sin vida en la Carrera del Darro. Quizá... Bueno, queremos descartar que se trate de la Asesina de la Cruz.*

Jimena se quedó pasmada, ¿volvía aquella pesadilla?